

con acento

## Sobre el cine político

Norberto Alcover

De pronto, tras una sequía peligrosa para los espectadores, dominados por los productos de la decadencia postmoderna, reaparece el cine político en estado puro pero también en estado impuro. Todavía más, porque el cine político impuro alcanza cotas de insistencia cinematográfica mucho más llamativas que el puro y directamente militante, con lo que se demuestra que hacer política mediante cualquier producto artístico no radica tanto en el fondo como en la forma, es decir, en lo que aparece como *transformación de la realidad* para comunicarla como producto resultante por obra y gracia del artista. Todo eso que siempre se ha llamado «artificio».

Así pues, la película más política de cuantas están en las pantallas españolas es *Historia de un beso*, del oscarizado José Luis Garcí.

El polémico autor no se corta un pelo al realizar un guión tramposo donde los haya *de tal manera que* una historia con el trasfondo nada menos que de nuestra guerra incivil se convierte en producto relamido, ternurista y cansinamente contemplativo: no importa tanto el contenido narrativo, que ya es mediocre, como su *comunicación audiovisual*, que hace de la confrontación durísima un tarro de melocotón en almíbar a fuerza de

travellings inútiles y de panorámicas injustificadas para que el espectador caiga en brazos de una contenida lágrima, puede que también furtiva. Además de unos diálogos y de unos monólogos moralizantes hasta el agotamiento. El viejo y el niño. El cura y su homenaje del «buen agnóstico». Los jóvenes progresistas. Nadie se priva, tan siquiera la protagonista, una Ana Fernández en estado de levitación. Se nos comunica una guerra agradable, llevadera, delicada, como la pantalla nos demuestra en sus imágenes. Cine político impuro donde los haya, aunque Garcí diga que no lo pretendía.

Por el contrario, *Los lunes al sol*, de Fernando León de Aranoa, si bien con excesivo humor, y *Lugares comunes*, de Adolfo Aristarain, verbalista como todo el cine argentino, son películas políticas en primera instancia porque lo pretenden narrativamente pero también porque están rodadas de forma coherente, sin fáciles concesiones al espectador. Que se lleva su discurso entre airado y utópico. Atención, pues, al medio porque deviene contenido sin que nos demos cuenta. Sobre todo en el cine político. Siempre necesario. ■